

## **Reflexiones alrededor del estatuto científico del « erudito-viajero » durante el siglo XIX. Casos concretos de viajeros franceses a América.**

Nadia Prevost Urkidi, FRAMESPA, Universidad de Toulouse II

Puede parecer una evidencia que la experiencia del terreno pudiera dar facilidades al viajero para asentar su autoridad sabia en el campo que pretendía dominar al momento de analizar los datos que recogió. Sin embargo, la realidad académica francesa era otra, y fue a menudo con desdén que los académicos consideraron sus obras publicadas. En efecto, finalmente eran pocos los que tuvieron la suerte de ser reconocidos a la vez como “viajero” y “sabio” por los académicos que representaban la “ciencia oficial” en París. Pero si esta “jerarquía” del saber podía perfectamente entenderse para campos tan experimentados como los estudios naturalistas, planteaba un grave problema para el novedoso campo americanista. En general, el papel del viajero consistía en ir al terreno para después traer a Francia datos que después los “verdaderos” sabios podían comprobar, analizar, discutir, desarrollar. ¿Pero quién en Francia tenía suficientes conocimientos en arqueología maya para discutir y analizar los dibujos que hizo Waldeck de Palenque en los años 1830? En la misma orden de idea, ¿quién podía analizar los datos lingüísticos nahuatl, maya o huave recogidos por Brasseur de Bourbourg en los años 1850? Nadie, lo que explica la fama y el éxito de librería que tuvieron en su época esos viajeros-eruditos americanistas franceses. Tomando esos dos casos concretos, el de Jean-Frédéric Waldeck (1766-1875) y el de Charles-Étienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), analizaré las relaciones ambiguas y particulares que podían existir entre la experiencia del viaje y el estatuto de sabio americanista durante el siglo XIX.

It may seem evident that field experience could enhance a traveler’s authority as an expert in the field he hoped to dominate when he presented his analysis of his collected data. Nonetheless, this was not France’s academic reality, and academics considered travelers’ publications with disdain. Few voyagers were fortunate enough to be recognized as both “traveler” and “expert” by the academics who represented “official science” in Paris. But if this “hierarchy” of knowledge is perfectly understandable in well established fields such as naturalists’ studies, it posed a serious problem for the new Americanist field. In general, the role of the traveler consisted in going to the field to then bring to France information that later the “real” experts could validate, analyze, discuss, and develop. But who in France had sufficient knowledge of Maya archaeology to discuss and analyze the drawings Waldeck made of Palenque (Mexico) in the 1830s? In the same line of argument, who could analyze the Nahuatl, Maya, or Huave linguistic data collected by Brasseur de Bourbourg in the 1850s? No one, which explains the fame and success the books of these erudite Americanist travellers experienced in bookstores in their day. Taking these specific cases—that of Jean-Frédéric Waldeck (1766-1875) and that of Charles-Étienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), I will analyze the ambiguous and specific relations that could exist between the experience of travel and the status of expert Americanist in the nineteenth century.